

FR. LUIS DE LEÓN

POR

D. MANUEL MILÁ Y FONTANALS (*)

Las escasas e inciertas noticias humanas que nos quedan relativas a los primeros años de Fr. Luis de León, se reducen a que nació en 1527 en la ciudad de Granada, (1) de Lope de León e Inés de Valera, ambos de familia distinguida y tomó a los 16 años el hábito de la Orden de San Agustín en la ciudad de Salamanca a donde le habían llamado sus estudios. Sería en los años siguientes al noviciado, cuando compuso buena parte de sus poesías, puesto que afirma que «entre las ocupaciones de sus estudios en su mocedad y casi en su niñez se le cayeron como de entre las manos», y desde 1561 le hemos de suponer enteramente aplicado, además de los deberes de su Orden, a los de la cátedra de Santo Tomás que consiguió en la vigilia de Navidad del mismo año y de la Prima de Teología, a que posteriormente ascendió. Entonces vota-

(*) Recogemos en estas páginas el artículo firmado por D. Manuel Milá y Fontanals, gloria preclara de las Letras catalanas y españolas, Maestro en la Universidad de Barcelona de don Marcelino Menéndez y Pelayo, y eminente tratadista en literatura y humanidades. Pese a ciertas deficiencias muy de la época, «Archivo Agustiniáno» se honra en dar cabida a este trabajo publicado por Milá y Fontanals el año 1842 en la revista «La Civilización», e incluido en el volumen IV de las Obras Completas del gran Maestro catalán (1892).

(1) Así se creía cuando se escribió este artículo. Hoy está plenamente demostrado que Fr. Luis de León nació en Belmonte, pueblo de la provincia de Cuenca. (Nota de la edición).

ban las cátedras los mismos estudiantes, costumbre que si bien ocasionaba a aumentar su natural arrogancia y a inclinarse a los opositores a andar con ellos en viles tratos, entre gente tan estudiosa producía generalmente la mejor enseñanza de los discípulos, y la elección de los maestros más aventajados. Tal era Fr. Luis de León, doctísimo en las lenguas castellana, latina, griega y hebrea, poeta vulgar y latino, teólogo y erudito; y tanto fue el aprecio que mereció no solo a los discípulos sino al Claustro de Salamanca, que después de la conclusión del Concilio de Trento, la Universidad le consultó para la redacción del calendario, asociado con el Dr. Miguel Francés.

Arrebatóle a la quietud de su celda y a la gloria de la cátedra un acontecimiento célebre, pero poco conocido, ya porque consideraciones particulares impondrían silencio a D. Gregorio Mayáns, autor de la que podemos llamar única biografía de Fr. Luis, ya por falta de documentos y procesos originales, hallados muy recientemente en Valladolid, y cuyo contenido conocemos por el artículo de don Tomás de Sancha inserto en el «Boletín de Jurisprudencia» (año 1840) que extractamos a continuación.

La Universidad de Salamanca por el número de estudiantes que pasaba de 7.000, por su extenso y fundado prestigio, por la libertad que se permitía en las enseñanzas y en las cuestiones, y por la superioridad de los maestros que la dirigían, sabios escriturarios al paso que estrictos católicos (1) llamó la atención y excitó las sospechas de los inquisidores. La circunstancia de haber sido judío algún ascendiente de ciertos catedráticos dio pábulo a las sospechas inquisitoriales, que no tardaron en mancomunarse con la envidia de algunos doctores escolásticos vencidos por los profesores de Salamanca en las conferencias relativas a la corrección de la Biblia de Vatablo,

(1) Para desengaño del que creyere que el Maestro León participaba de las nuevas opiniones acerca del libre curso e interpretación de los libros sagrados, véase la introducción a los *Nombres de Cristo*.

y fieles guardadores allá en su interior de la vergüenza de la derrota y del rencor a los vencedores. El haber Fr. Luis de León sostenido en unas conclusiones que para el sentido literal de los libros sagrados no eran de despreciar las interpretaciones rabínicas, la costumbre de recibir el maestro Gaspar de Grajal libros extranjeros que desde Flandes le remitía Arias Montano, el haber llegado a noticia de los inquisidores de Madrid que se dirigían a Salamanca luteranos disfrazados, fueron circunstancias bastantes para avivar las sospechas y armar el encono.

Bastó una delación y una justificación informal en que eran testigos los mismos delatores y enemigos de los acusados para que se procediese a su prisión, verificándose la de Grajal el día primero de marzo de 1572.

Fr. Luis de León que vio preso a su compañero y amigo temió por su seguridad, y remitió las conclusiones que había sostenido en Sevilla y Granada a personas famosas y autorizadas para que las firmasen, y si dejaron de hacerlo, más bien por flaqueza de ánimo que por disentiimiento de juicio. Como fuese, la prisión de los Maestros León y Martínez estaba ya decretada, y fue llevada a efecto el día 27 de aquel mismo marzo. Las causas de la persecución de Grajal, León y Martínez, no menos que la del agustino Gudiel, catedrático de Osuna, fueron las mismas, y los cargos que a cada uno se propusieron tan semejantes, que los hechos a Fr. Luis de León bastan para darnos una idea de los demás.

Fue éste testificado de que prefería en la inteligencia de los libros sagrados los intérpretes rabinos a la Vulgata y se le acusó de haber hecho en romance la exposición del cántico de Salomón despojándolo de su sentido místico y sobrenatural (1). No hay duda que se advierte contra

(1) El mismo en la prefación al comentario latino del Cántico de los Cánticos que compuso después de recobrada la libertad, refiere que a ruegos de un amigo suyo que no sabía latín, lo puso en español, añadiendo en la misma lengua unos breves comentarios, más atentos a explicar la concordancia gramatical y natural sentido de las palabras que

él un espíritu decidido de persecución, como han tenido que sufrir muchos grandes hombres en todas épocas. Parece que se apuraron contra el P. León todo género de inquisiciones y pesquisas en averiguación de todas las palabras y hechos de su vida, y se formó el árbol genealógico de su familia hasta su quinto abuelo, judío converso por el obispo de Cuenca en tiempo de los Reyes Católicos. Algún testigo dijo que el maestro León rezaba las misas muy deprisa, otro que 20 años antes había dicho en un convite, que cabía duda acerca de Jesucristo; y tales indicios singulares y sobremanera absurdos, se unían al proceso, y servían de cargo como cosa justificada.

El desgraciado Grajal murió en el mismo encierro a principios de septiembre de 1575; sus compañeros, observa el señor Sancha, que ignoraban su muerte, solían citarle como testigo para sus exculpaciones, cuando ya estaba en la eternidad. A Fr. Luis admitiósele la justificación, y resultaron tachados los testigos, pero en 28 de septiembre de 1576 cuando ya llevaba 5 años de prisión le condenaron al tormento que hemos de suponer que no tuvo efecto, si atendemos a su delicada salud e inmediata libertad verificada en diciembre del mismo año. Tanto a él como a Martínez, que no la recobró hasta el siguiente, se les absolvió de la instancia. Muy conocida sin embargo sería en su Orden la invindicada inocencia del Maestro León, pues emplearon su ciencia en muchos negocios graves y cargos superiores, se le comitió la formación de unas constituciones para los Recoletos de San Agustín, y siendo vicario general de la provincia de Castilla salió electo provincial nueve días antes de su muerte.

Su serenidad y constancia en medio de las penalidades del encierro las refiere él mismo escribiendo al carde-

mucho embarazaban al curioso romancista que la misteriosa inteligencia y mística interpretación que éste había oído de varios. Devuelto el libro, sucedió que un familiar del Maestro León lo tomó de su escritorio, y no sólo lo trasladó para sí, sino que entregó a otros el traslado para que lo copiasen, de suerte que en breve tiempo llegó al conocimiento de todos, y a la aprobación de no pocos, etc.

nal D. Gaspar de Quiroga, arzobispo de Toledo, en la dedicatoria de la explicación del Salmo 26, y aún afirma que «gozaba entonces de tal quietud y alegría de ánimo cual después muchas veces echaba de menos, habiendo sido restituído a la luz y gozando del trato de los hombres que le eran amigos». Pero en lo que descolló la fortaleza de su carácter fue en la composición del ingenioso y profundo *Tratado de los Nombres de Cristo*, en cuya dedicatoria a D. Pedro Portocarrero dice así: «Mas ya que la vida pasada ocupada y trabajosa me fue estorbo para que no pusiese este mi deseo y juicio en ejecución, no me parece que debo perder la ocasión de este ocio en que la injuria y mala voluntad de algunas personas me han puesto. Porque aunque son muchos los trabajos que me tienen cercado; pero el favor largo del cielo que Dios Padre verdadero de los agraviados sin merecerlo me da y el testimonio de la conciencia en medio de todos ellos, han serenado mi ánimo con tanta paz, que no solo en la enmienda de mis costumbres sino también en el negocio y conocimiento de la verdad, veo agora y puedo hacer lo que antes no hacía. Ya hame convertido el trabajo el Señor en mi luz y salud. Y con las manos de los que me pretendían dañar, han salvado mi bien».

Restituído a la libertad escribió varias obras expositivas y morales dignas del autor de los *Nombres de Cristo*, entre los cuales sobresalen *La Perfecta Casada* y la *Exposición de Job*, que si bien fieles al estilo parafrástico entonces en boga y hermano de leche de nuestra locución parece que en ellos la afluencia de palabras salga de la abundancia del corazón, y como que acaricien y rodeen amorosamente el concepto; y brotan acá y allá rasgos propios y característicos del pensador profundo y del atento observador. Esta última dote domina de tal modo en *La Perfecta Casada*, que podría equivocarse con la obra de un familiar del siglo sino no lo vivificase una santa unción, un candor evangélico y un fuerte espíritu

moral. Véase este trozo: «por qué, pregunto, por qué la casada quiere ser más hermosa de lo que su marido quiere que sea; ¿qué pretende afeitándose a su pesar?; qué ardor es aquel que le menea las manos para acicalar el cuerpo como arnés y poner en arco las cejas; ¿a dónde amenaza aquel arco?; y aquel resplandor, ¿a quién cieja? el colorado y el blanco y el rubio, y el dorado, aquella artillería toda, ¿qué pide?, ¿qué desea?, ¿qué voca? No pregunta sin causa el cantarcillo común, ni es más castellano que verdadero, ¿para qué se afeita la mujer casada? y torna a la pregunta, y repite la tercera vez preguntando, ¿para qué se afeita? Porque si va a decir la verdad, la respuesta de aquel para qué, es amor propio desordenadísimo, apetito insaciable de vana excelencia, codicia fea, deshonestidad arraigada en el corazón, adulterio, ramería, delito que jamás cesa. Qué pensáis las mujeres que es afeitáros? traer pintado en el rostro vuestro deseo feo. Mas no todas las que os afeitais deseáis mal. Cortesía es creerlo. Pero si con la tez del afeite no descubris vuestro mal deseo, a lo menos dispartáis el ajeno, de manera que con esas posturas sucias, o publicáis vuestra sucia ánima, o ensuciais las de aquellos que os miran. La animación y fuego de este fragmento descubre más que a un simple moralista y comentador; mas que a uno de los maestros de la elocuencia español, nos revela al autor de la *Solitud* de la *Profecía del Tajo*, de la *Asunción*, al célebre poeta Fr. Luis de León.

La poesía castellana de aquella época, muy adelantada en lo que respecta al lenguaje y versificación, poco ofrece que observar al filósofo, ni aun que imitar al poeta, más amigo de las ideas que de las formas (1). Es verdad que desde algún tiempo las variadas combinaciones métricas de la escuela italiana habían sucedido a los desiguales dodecasílabos e informes redondillas de nuestra an-

(1) Milá modificó en trabajos posteriores esta y otras opiniones de su juventud. (Nota de la edición).

tigua literatura, pero con apariencias distintas el mismo espíritu que animara a los cortesanos de don Juan el II inspiró a los guerreros del Emperador, y entre la variedad y multitud de nuevos y antiguos cantos el tono fundamental era siempre el mismo. Un amor vago, monótono, sin carácter, una pasión, cuya naturaleza sensual o platónica se ignora, un culto extremo a la persona amada, pero culto en que sólo se tributan palabras y suspiros, no puros afectos y denodados actos, una moral escolástica entre las más ponderadas tormentas del corazón: he aquí a qué se reduce toda la poesía grave de los siglos XV y XVI, exceptuando poco más que las coplas elegíacas de Jorge Manrique, algunas pinceladas enérgicas de Mendoza, y el sagrado canto bélico, y la voz de dolor del divino Herrera. Fr. Luis de León que desde sus tiernos años alimentaba en su seno purísimos sentimientos religiosos, llevaba con ellos el germen de la más alta, pura y acendrada poesía. Ensayóse en varias traducciones de Horacio, que aunque procuró que hablasen en castellano y no como extrajeras y advenedizas, sino como nacidas en el propio suelo y naturales, conservan fielmente el clásico sabor y las gracias lesbias del cantor de Ofanto; al par que sus versiones de los salmos de David y del libro de Job en nada desmienten ni el entusiasmo y arrepentimiento del Rey Profeta, ni la dolorosa resignación del hombre de Hus. Del estudio de tan diversos modelos, como son los libros sagrados y los cantos de Horacio, formó Fr. Luis de León los principios de su escuela, heredando de los primeros el fuerte espíritu y lenguaje figurado que tanto se avenían al temple de su alma y a la viveza de su ingenio. De Horacio adoptó la grandilocuencia, las bellas imágenes, la economía de los conceptos, y aquel lírico divagar y aparante desorden que distinguen la oda antigua de la canción provenzal o italiana, y aquel particular encanto de sus cortas estancias, de las cuales desde luego enamorado el oído recuerda placenteramen-

te las ya pasadas y apetece con ansia las porvenir, y donde el alma del poeta, ya embelesada, ya triste, ya enojada va apareciendo revestida de los mismos apacibles acentos. Para ejemplo de estudio tan entrañable del lírico romano baste citar la oda a todos los Santos y la tan justamente celebrada *Profecía del Tajo*. Pero ciertos pensamientos predilectos; ciertas ideas que alimentaban y halagaban su ánimo, y en cuyo cumplimiento cifraba él su consuelo, y fundaba sus esperanzas, sus ilusiones, el encanto de su vida, el adorno de su alma, aunque esparcidos y abundantemente sembrados en el resto de sus obras, parecen con todo esplendor y evidencia en el breve número de sus poesías originales. Desde luego y en su primera oda se le ve huyendo del peligroso laberinto del mundo y buscando un asilo en el desierto de la soledad, donde ninguna de las pasiones que agitan a los mortales interrumpa su sueño y su quietud (1). Afanándose en «curar los daños del veneno que bebiera desapercibido, en apurar el mancillado pecho, en desnudarse del corporal velo y el romper el nudo de la asida costumbre», se desvía de las sendas holladas por los hombres, no con el incierto paso del ambicioso mal satisfecho, sino con el seguro de quien conoce su vanidad y ruido, y espera hallar dentro del apartamiento mayores y más seguros bienes en los estudios nobles, en el aspecto de la naturaleza y en el desnudo de un alma encerrada en sí misma y apoyada en sus propias fuerzas. Su amor al campo que se trasluce en todas sus obras, en sus varias alabanzas a la vida pastoril y labradora, y en aquel expresivo dicho de uno de los interlocutores del libro de los Nombres, que «como los pájaros en viendo lo verde desean cantar y hablar», aparece en sus poesías no con los indeterminados colores

(1) La misma idea se halla singularmente expuesta en los comentarios a Job cuando por *Asno salvaje* entiende el autor al hombre apartado del mundo: «¡qué poco siente este salvaje lo que a nosotros nos trae atontados y locos! La voz de la codicia pedigüeña, ¡qué poco ruido hace en su pechol, el deleite importuno cuán poco molesta su alma!, etc.».

idílicos sino con rasgos propios y animados. La dignidad de su alma, la confianza en la virtud y en el testimonio de su conciencia las expresa tan enérgicamente en una de sus odas a Felipe Ruiz y han hecho de ella los críticos tan poca mención que la trasladamos íntegra a pesar de su desaliño y obscuridad y de tal cual estancia de menos valer.

Qué vale cuanto vee
 Do nace, y do se pone el sol luciente,
 Lo que el indio posee
 Lo que da el claro Oriente,
 Con todo lo que ufana la vil gente.
 El uno mientras cura
 Dejar rico descanso a su heredero,
 Vive en pobreza dura,
 Y perdona al dinero
 Y contra si se muestra crudo y fiero.
 El otro que sediento
 Anhela el señorío, sirve ciego:
 Por subir a su asiento
 Abájase a vil ruego,
 Y de la libertad va haciendo entrego.
 Quien de dos claros ojos
 Y de un cabello de oro se enamora,
 Compra con mil enojos
 Una menguada hora,
 Un gozo breve que sin fin se llora.
 Dichoso el que se mide,
 Felipe, y de la vida el gozo bueno
 Así solo lo pide,
 Y mira como ajeno
 Aquello que no está dentro en su seno.
 Si resplandece el día,
 Si Eolo su reino turba en saña
 El rostro no varía,
 Y si la alta montaña
 Encima le veniera, no le daña.
 Bien como la ñudosa
 Carrasca en alto risco desmochada
 Con hacha poderosa,
 Del ser despedazada
 Del hierro torna rica y esforzada.

Querrás hundilla, y crece
 Mayor que de primero, y si porfia
 La lucha, más florece,
 Y firme al suelo envía
 Al que por vencedor ya se tenía.
 Exento a todo cuanto
 Presume la fortuna, sosegado
 Esta y libre de espanto
 Ante el tirano airado
 De hierro, de crueza y fuego armado.
 El fuego, dice, enciende
 Aguza el hierro crudo, rompe y llega,
 Y si me hallares prende
 Y da a tu hambre ciega
 Su cebo deseado, y la sosiega.
 ¿Qué estás? No ves el pecho
 Desnudo, flaco, abierto? ¡oh! no te cabe
 En puño tan estrecho
 El corazón que sabe
 Cerrar cielos y tierra con su llave.
 Ahonda más adentro,
 Devuelve las entrañas, el insano
 Puñal penetra al centro:
 Jamás me alcanzará tu corta mano.
 Rompiste mi cadena
 Ardiendo por prenderme; al gran consuelo
 Subido he por tu pena,
 Ya suelto; encumbro el vuelo,
 Traspaso sobre el aire, huello el cielo.

En la última estancia desaparece la sequedad de la virtud estoica, y se abren paso las dulces esperanzas de la patria perdida cuyo recuerdo excita en León la música de su amigo Salinas (1) y cuyo deseo le aviva el aspecto

(1) En su oda a Salinas se lee lo siguiente que no es necesario advertir que comprende cuanto los más entusiastas escritores modernos han imaginado con respecto a la importancia y transcendencia de las bellas artes: «El aire se serena y viste de hermosura y luz no usada: el alma sumida en olvido recobra el tino y perdida memoria de su primer origen, se eleva a la más alta esfera, donde halla otra música no perecedera que es la fuente de las demás, etc.». Imposible parece que la colección de poesías escogidas por el señor Quintana no contenga ésta y otras de las composiciones del Maestro León, y nos complacemos en creer que hoy día, admitidos nuevos principios literarios y por ellos reformados y extendidos los del señor Quintana, preferiría muchas de las odas de Fr. Luis que, aunque incorrectas, sorprenden a cada paso por la novedad de la idea y la valentía del pincel, a

de una noche serena que llama también la música de los cielos. Allí beberá la paz tan deseada de su corazón, allí contemplará *la verdad pura sin duelo*, y allí disfrutará del mayor premio concedido a los justos. Su imaginación se complace en revestir los cielos de las imágenes campestres que tanto la embelesaban, sino es que ya en ellas hubiese contemplado el espejo o figura de la vida suprema; y turbada antes por la *Asunción del pastor santo*, se embelesa ahora en divisarlo en los prados de bienandanza, coronado de púrpura y de nieve florida, seguido de sus inmortales y dichosas ovejas y recreando el santo oído con el dulce son de su rabel sonoro.

¡Oh son, oh voz! si quiera
 Pequeña parte alguna descendiese
 En mi sentido, y fuera
 De sí el alma pusiese,
 Y toda en tí, ¡oh amor!, la convirtiese.
 Conocería dónde
 Sestea, dulce esposo, y desatada
 desta prisión adonde
 Padece, a tu manada
 Viviré junta sin vagar errada.

tantas y tantas poesías eróticas en que el entendimiento ha de hacer un penoso esfuerzo para hallar una idea precisa, y cuyo principal mérito consiste en decir una misma cosa de varios modos y encubrir la pobreza de ideas con azucaradas palabras.